

ARTICULO VI.

DOCTRINA DEL V. P. GRANADA, ORD. PRED. DE CÓMO NOS
HABEMOS DE APAREJAR PARA LA SAGRADA COMUNIÓN

Dicho ya del Sacramento de la Confesión, será razón que tratemos ahora de la sagrada Comunión, que despues de él se suele seguir. Donde lo primero que se debiera tratar, era de las virtudes y efectos admirables de este Santísimo Sacramento. Mas porque de esta materia hay mucho que decir, y no sufre la brevedad de este Memorial proseguir materias tan largas, solamente trataré aquí del aparejo que se requiere para llegarnos á este misterio: pues va tanto en esto, que cual fuere el aparejo del que lo recibe, tal será la gracia que se le dará. Porque este Sacramento es de infinita virtud: así porque contiene en sí á Cristo, que es fuente de gracia; como porque por él se nos comunica la virtud de su pasión, que es de infinito valor: y por esto cuanto mayor fuere el aparejo con que nos llegaremos á Él, tanto mayor será la gracia que se nos dará. Vemos que el que va á coger agua de la mar, tanta agua coge, cuan grande vaso lleva: porque por parte de la mar no puede faltar el agua, si no faltare por la estrechura del vaso. Pues lo mismo acaece á los que se llegan á este divino Sacramento, que es mar de todas las gracias. Y así viene á cumplirse aquí aquello del Samo, que dice: (1) Ensancha la boca de tu corazón; porque yo henchiré todo el lugar que me dieres en él.

Mas cuál haya de ser el aparejo que para este tan alto misterio se requiere, la misma filosofía y orden natural nos lo dice. Porque vemos que las formas naturales quanto son más excelentes, tanto requieren más noble dispo-

(1) Psalm. 80.

sición. Como se ve claro en el mismo manjar corporal de que hablamos: el cual se cueze y apareja en el estómago para ir al hígado; y ahí se dispone con otra forma más noble de sangre para ir al corazón; y ahí ultimamente se dispone con otra más noble para ir al cerebro, donde recibe su última perfección. De manera que en cada uno de estos lugares se refina y perfecciona más, para alcanzar otra más noble forma: y esto con tal orden, que la perfección de la forma que precede, es disposición para la que se sigue; y lo que es término de la una, es disposición para la otra. Pues así también habemos de presuponer que esa misma orden y proporción se requiere para las cosas espirituales, y señaladamente para los Sacramentos: los cuales quanto son más excelentes, tanto piden mayor aparejo y pureza para haberlos de recibir. Porque algunos sacramentos hay que para recibirse dignamente basta tener dolor y arrepentimiento verdadero de los pecados, sin ser necesario la Confesión: mas este Sacramento de que hablamos, es de tanta pureza y excelencia (por estar en él encerrado el mismo Dios) que demás de lo dicho pide otro Sacramento por aparejo, que es el de la Confesión, cuando precedió algún pecado mortal: y aun demás de esto, sobre la Confesión pide actual devoción y reverencia, para recibirse más dignamente: la cual devoción no puede estar sin actual atención y consideración de las cosas de Dios. Y para esto conviene despedir por entonces de nuestra ánima todas las imaginaciones y cuidados de las cosas del mundo; para que así pueda ella libremente y sin impedimento fijar el corazón en Dios. Por do parece que en este tiempo no se debe contentar el hombre con ir limpio de todos los pecados, sino debe trabajar por ir también limpio de todos los pensamientos y cuidados que le puedan impedir esta atención y devoción. Lo cual nos representa muy á la clara aquella soledad con que Moisés subió al monte á hablar con Dios: (1) á quien fué mandado que

(1) Exod. 19.

sólo él subiese á lo alto; y que por todo el monte no pareciese hombre, ni bestia, ni ganado sino sólo él. Y aun á esta soledad añadió el Señor una grande niebla y oscuridad, en la cual entrando Moisés, había de hablar con él: para que así la niebla como la soledad le quitase la vista de todo lo que no era Dios, cuando había de tratar con Dios.

Y descendiendo á tratar de este aparejo más en particular, digo que el que quisiere llegar á este Santísimo Sacramento, como conviene, debe trabajar por llevar consigo las cosas siguientes.

A.) DE LA PRIMERA COSA QUE SE REQUIERE PARA COMULGAR; QUE ES PUREZA DE CONCIENCIA

Pues la primera cosa que para comulgar dignamente se requiere, es reconocer el hombre con grande humildad que ninguna diligencia de hombres ni de Ángeles es bastante para este aparejo, si no interviene la mano de Dios, que para ello especialmente nos ayude. Porque así como nadie se puede disponer para el aumento de la gracia sin gracia así nadie se puede disponer para recibir dignamente á Dios sin el mismo Dios. Y por esto él ha de ser invocado y llamado con humildes y ardientes deseos, para que él por su mano limpie y aderece la casa en que ha de ser aposentado. Vemos que cuando un Rey va de camino á posar á una aldea, no espera que los aldeanos le aderecen el aposento como él merece; porque no son ellos parte para esto: sino envía adelante su recámara y sus aposentadores, que es el aderezo conveniente para su persona Real. Y puesto que así pasa, buen título tenemos para suplicar á este Señor que pues Él por la grandeza de su bondad y misericordia quiere venir á posar á nuestra aldea, sea servido por esta gracia hacernos otra gracia: que es enviar el Espíritu Santo con la recámara de todas sus virtudes y dones celestiales para que de esta manera con la gracia y virtud omnipotente de Dios se apareje la casa en que ha de morar Dios.

Pues para que esto se haga como conviene, la primera cosa que se requiere, es limpieza de conciencia: esto es, que vayamos limpios de todo pecado mortal. Porque por esto dijo el Profeta (1): Lavaré mis manos entre los inocentes, y cercaré, Señor, tu altar. Donde primero dice que lavará sus manos (que son las culpas de sus obras) y después que se acercará al altar (que es la mesa de este Señor.) Y por esto mismo nos amenazó tan espantosamente el Apóstol cuando dijo (2): Quien quiera que comiere el pan ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo contra el cuerpo y sangre del Señor. En las cuales palabras da á entender que los que se llegan en pecado mortal á este misterio, cometen una culpa semejante á la que cometieron aquellos que crucificaron á Cristo pues los unos y los otros pecan contra el mismo cuerpo y sangre de Cristo; aunque sea en diferente manera.

B.) DE LA SEGUNDA COSA QUE SE REQUIERE PARA COMULGAR; QUE ES PUREZA DE INTENCIÓN

Lo segundo que para comulgar dignamente se requiere, es rectitud y pureza de intención: que es hacer esto por el fin que se debe hacer. Porque como la intención sea la principal circunstancia de todas nuestras obras, ésta es la que principalmente se debe mirar en todas ellas, y mucho más en esta; porque no pervirtamos las cosas de Dios, usando para un fin lo que él instituyó para otro. Y porque mejor se entienda esto, será bien poner aquí los fines de los que mal y bien comulgan: para que así se vea más claro lo que nos conviene seguir.

Porque algunos sacerdotes hay, á los cuales principalmente mueve á celebrar el provecho temporal que esperan por el sacrificio. Éstos parece que son como aquellos dos hijos de Aarón que ofrecieron á Dios sacrificio con fuego ageno: pues los mueve á celebrar, no el fuego del amor di-

(1) Ps. 25.—(2) 1. Cor. 11.

vino, sino el ardor y codicia del dinero. Por donde así como saltó fuego del Santuario, y quemó aquellos dos en un momento; así debían temer estos no les acaeciese otro tanto.

Otros hay que comulgan á más no poder, por pura fuerza, ó por temor de la pena: como lo hacen algunos malos cristianos en la Comunión de la Pascua: los cuales van por los cabellos, y como quien va á la cruz, á la mesa del Señor. Éstos debían considerar (1) que ni con ropa de sayal entraba nadie dentro en el Palacio del Rey Assuero; ni con esta manera de ánimo y corazón debe nadie entrar en este sacro Palacio, y recibir este Sacramento. Con amor se ha de recibir lo que por amor se instituyó; porque no es razón que se reciba con ánimo puramente de siervo lo que Dios ordenó con amor de Padre.

Otros hay también que van á comulgar tras el hilo de la gente, por hacer lo que los otros hacen; sin tener aquella hambre, ni procurar aquel aparejo ni aquella enmienda de vida que para esto se requiere. Y no son muy diferentes de éstos los que comulgan por sola costumbre, como hacen algunos que por tener por costumbre comulgar de tantos á tantos días, sin tener ni procurar aquella devoción que debían, se allegan á este misterio. Los cuales debían mirar que aunque esta costumbre sea buena, no es negocio este que se ha de hacer por sola costumbre, sino por el fruto que de aquí se espera, y con el aparejo que para gozar de este fruto se requiere.

Otros también se llegan con una golosina espiritual: que es con un apetito y deseo de sentir alguna suavidad y devoción sensible en este Sacramento; teniendo éste como por último fin de este negocio, y no enderezando esta manera de devoción al fin que se debe enderezar: que es abrazar la mortificación y la cruz de Cristo, y servir al Señor con mayor prontitud y voluntad.

Todos estos fines son avisos, y unas como puertas fal-

Esteher 4.

sas para entrar á hurtar, como ladrón, y no recibir, como fiel siervo, las mercedes del Señor. Entremos, pues, por las puertas que entraron los Santos, procurando llevar la intención que ellos llevaron.

B) DE LA TERCERA COSA QUE SE REQUIERE PARA RECIBIR ESTE SACRAMENTO; QUE ES ACTUAL DEVOCIÓN

Lo tercero que para este Sacramento se requiere es actual devoción. Para lo cual es de saber que este venerable Sacramento (así como todos los otros) tiene un efecto común, y otro propio. El común es dar gracia: que es también efecto de todos los otros Sacramentos de la ley de gracia: mas el propio es lo que los Teólogos llaman refeción espiritual: que es un nuevo esfuerzo y aliento para bien obrar, y un gusto y suavidad de las cosas de Dios, que aquí se da. Porque así como el manjar corporal no sólo sustenta la vida del que come, sino también le da esfuerzo y gusto con la comida; así este divino manjar no sólo conserva la vida espiritual con la gracia que da, sino también esfuerza el espíritu, y deleita el gusto con su propia virtud. Y este deleite dice Santo Tomás (1) que es tan grande (á lo menos en aquellos que tienen purgado el paladar de su ánima) que con ningunas palabras se puede explicar: por gustarse aquí la dulzura espiritual en su misma fuente «que es Cristo nuestro Salvador» fuente de toda suavidad.

Pues para gozar de este tan grande beneficio, decimos que señaladamente se requiere actual devoción; porque como entre la forma y el aparejo para ella haya de haber alguna semejanza, no puede haber más conveniente aparejo para recibir acrecentamiento de devoción, que ir con actual devoción; como vemos por experiencia que el mejor aparejo que puede llevar un leño para hacerse fuego, es estar él caliente y seco, que son propiedades del mismo fuego.

(1) 3. p. q. 79, art. 1 etc. 2.

Y si me preguntares qué cosa sea esta actual devoción; no sé como podértelo mejor explicar que con decirte que es una como agua de Angeles, la cual así como se destila de diversas yerbas olorosas, así tiene diversos y muy suaves olores. Porque esta devoción es un afecto espiritual; compuesto de otros espirituales y santos afectos y deseos; de los cuales ha de ir llena el ánima cuando se llega á este venerable Sacramento. Porque (como dice San Ambrosio) ¿con cuánta contrición y arrepentimiento, con qué fuentes de lágrimas, con qué temor y reverencia, con qué castidad de cuerpo, y con qué pureza de espíritu se ha de celebrar Dios mío, este divino misterio; donde tu carne verdaderamente se come, y tu sangre verdaderamente se bebe; donde las cosas altas se juntan con las bajas, y las divinas con las humanas; y donde está la presencia de los santos Angeles, y donde Tú mismo eres el Sacerdote y el sacrificio por una manera inestimable? ¿Quién, pues, podrá dignamente tratar este misterio, si tú, Señor, no le hicieres digno?

C) DEL TEMOR Y REVERENCIA CON QUE SE HA DE LLEGAR
Á ESTE SACRAMENTO.

Porque primeramente para despertar el temor y reverencia debe el hombre levantar los ojos á considerar la inmensidad y grandeza del Señor que en este Sacramento se encierra; porque realmente debajo de aquel sagrado velo y de aquellas especies de pan está encerrada aquella divina Majestad, criadora, conservadora y gobernadora del mundo (1) ante cuya presencia tiemblan las columnas del cielo; ante cuyo acatamiento está postrada toda la naturaleza creada; (2) á quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan; (3) ante cuyos ojos no están limpios los espíritus celestiales; en

(1) Job. 26.—(2) Job. 38.—(3) Job. (4)

cuya comparación esta tan maravillosa fábrica del mundo no es más (como dice el Sabio) que (1) una gota del rocío de la mañana, ó un grano de peso que se carga sobre la balanza. Pues ¿cómo no temerá el que con ojos de fe tan cierto ve que se llega á recibir dentro de sí un Señor de tan grande Majestad?

No trato yo ahora aquí de la grandeza de sus juicios y de su justicia, y del aborrecimiento que tiene con el malo y con su maldad, sino solamente de lo que pide la grandeza de tan alta Majestad, para que no sólo el pecador, sino también el justo vea cuánta razón tiene (cuando aquí se llega) para temer. Ni nadie debe asegurarse con la virtud de este Sacramento, que es vida de las ánimas; pues (como ya dijimos) puede también ocasionalmente ser castigo de las que estuvieren mal aparejadas. (2) Enviaron los hijos de Israel por el arca del testamento, para dar una batalla á los Filisteos con el favor de la presencia de ella, pareciéndoles que con esto tenían segura la victoria. La cual no solamente no alcanzaron; mas antes fueron en ella desbaratados y muertos, y presa la misma arca sagrada, de tal manera, que muy mayor fue el daño que recibieron después de venida el arca, que el que habían recibido antes de su venida. Y así lo que imaginaron que sería para su remedio (considerada la virtud del arca) fué para su destrucción por culpa de su mala vida. Así también acaeció á aquel gran privado del Rey Asuero, que se decía Amán, el cual siendo convidado á un banquete Real por la Reina Ester, (3) y tomando él esto por gran favor, se le volvió el sueño al revés, porque en el convite se le trató la muerte, y de aquella real mesa fué luego por mandato del Rey llevado á la horca. Pues por esto clama el Apostol diciendo: (4) Examine su conciencia el hombre, y de esta manera coma de aquel sagrado pan y beba de aquel cáliz; porque el que lo come y bebe indignamente, juicio come y bebe para su ánima, pues no trata como debe el cuerpo

(1) Sap. 11.—(2) Reg. 4. (3) Esth. 7.—(4) I. Cor. 11.

del Señor. Porque si aquel arca del testamento (que no era más que figura de este Sacramento) tanta reverencia pedía; ¿qué se deberá al mismo Sacramento? Vemos que por haber mirado con curiosidad este arca los Betsamitas, (1) mató Dios cincuenta mil hombres de ellos; pues ¿qué será recibir desacatadamente al que por esta misma era figurado? Cuando esta misma arca abría camino á los hijos de Israel por las aguas del río Jordán, les mandó Josué (2) que mirasen mucho no se acercasen á ella, sino que hubiese siempre por lo menos dos mil codos de espacio entre ellos y ella; porque no los matase Dios. Pues si tan grande reverencia se debía á aquella arca (que no era más que sombra de este misterio) ¿qué será menester para recibir dentro de sí al mismo Señor que por aquella arca era figurado? Especialmente quien vuelve los ojos hacia dentro y mira asimismo, y se acuerda que por parte de la naturaleza fué nada, y por parte de la culpa es menos aún que nada; pues el pecado es menos que nada. Pues ¿cuanto será razón que tema quien tantas veces se ha hecho nada? ¿quién tantas culpas tiene cometidas, tantas fealdades, tantas torpezas y tantas abominaciones contra Dios? ¿Cómo no temerá recibir un tan gran Señor en un corazón que tantas veces ha sido cueva de dragones, y nido de serpientes y basiliscos?

Pues con estas consideraciones humille el hombre su corazón cuanto pudiere, y venga como el hijo pródigo á la casa de su piadoso Padre dando voces y diciendo: Padre, pequé contra el Cielo y contra vos: (3) ya no merezco llamarme vuestro hijo; hacedme siquiera como uno de vuestros criados. Venga con el corazón de aquel Publicano del Evangelio, que ni osaba acercarse al altar, ni alzar los ojos al Cielo, sino hería sus pechos, diciendo: (4) Señor Dios, apiádate de mí, pecador. Venga con el corazón con que vendría una mujer que hubiese errado á su marido cuando él la perdonase, y volviese á recibir en su casa;

(1) 1. Reg. 6.—(2) Josué 3.—(3) Luc. 15.—(4) Luc. 18.

que (si tuviese vergüenza) no osaría levantar los ojos á mirarle, acordándose por una parte de la deslealtad en que cayó, y por otra, de la nobleza del marido, que después de tal caída, tan amorosamente la recibe. Porque realmente otro tanto y mucho más hace aquel esposo celestial cuando en este Sacramento recibe á su mesa y á su casa y á sus brazos al ánima que por el pecado le erró, y adulteró, haciendo la voluntad del demonio, y después se vuelve á Él. Pues con estas y otras semejantes consideraciones se despierta en nuestras ánimas la humildad y reverencia que para este divino Sacramento se requiere.

D) DEL AMOR Y CONFIANZA CON QUE SE HA DE LLEGAR
Á ESTE SACRAMENTO

Mas el amor y confianza se atizará considerando por otra parte que este Señor, cuán grande es en la majestad y en la justicia, y en el aborrecimiento del pecado, tan grande es en la bondad y en la misericordia, y en la piedad para con los pecadores. Porque ésta le hizo bajar del Cielo á la tierra y vestirse de nuestra carne, y andar por caminos y carreteras en busca de ellos, y comer en compañía de ellos, (1) y decir que el remedio de ellos era su comida y sus deleites. Por éstos ayunó, caminó, sudó, trabajó, veló, madrugó y sufrió infinitas persecuciones y contradicciones del mundo; por éstos caminaba y predicaba de día, y por éstos velaba y oraba de noche; para éstos tenía siempre abiertas las puertas de sus entrañas, de tal manera, que á ninguno desechó ni despidió de sí, cuanto quiera que fuese miserable y desechado de todos. Y finalmente tanto deseó la salud y remedio de éstos, que por verlos remediados no paró hasta ponerse en una Cruz entre dos ladrones, y derramar toda cuanta sangre tenía por ellos. Y

(1) Matth. 9. 11. Joann. 4.

no contento con esto (porque acabado el curso de esta vida mortal no faltase otro tal recibidor como Él) dejó ordenado este divino Sacramento, en que se queda él mismo; para que todo este linaje de hombres necesitados de remedios tuviese siempre la misma botica abierta para su remedio. De manera que la misma causa que le obligó á morir, esa le hizo instituir este Sacramento; porque así como amor fué el que le trajo del Cielo á la tierra, y le hizo poner en manos de pecadores, así el amor es el que ahora le hace por esta vía venir otra vez al mundo, y el que le pone en las mismas manos

En lo cual parece que de su parte no fué otra la causa de esta tan grande obra, sino su inmensa caridad; y de la nuestra no otra más que nuestra grande necesidad, de la suya sola misericordia, y de la nuestra sola miseria. De donde nace que este divino Sacramento es común remedio de justos y pecadores; porque no sólo es manjar de sanos, sino también medicina de enfermos; no sólo es vida de vivos, sino también resurrección de muertos; porque (como dice S. Agustín) este Pan no sólo sustenta á los que halla vivos, sino también á veces resucita los muertos.

Pues ¿por qué título me podrá nadie defender de la participación de este misterio?

Este es un hospital Real instituído por la Divina misericordia, y dotado con la sangre de Cristo, para remedio universal de todos los enfermos y necesitados. Pues ¿por qué por ser enfermo me tendré yo por excluído de él? Antes por el mismo caso que soy enfermo (si deseo sanar) tengo más obligación de llegarme á él. Porque si estoy enfermo, aquí me curarán; si flaco, aquí me esforzarán; si ciego, aquí me alumbrarán; si pobre, aquí me enriquecerán; si hambriento, aquí me hartarán, y si desnudo, aquí me vestirán y cubrirán mi desnudez.

E) DE LA HAMBRE Y DESEO DEL CELESTIAL PAN
DE ESTE SACRAMENTO

Mas la tercera cosa, que es la hambre y deseo de este Pan celestial, se despierta considerando las influencias y virtudes de este nobilísimo Sacramento, y los efectos que obra en las ánimas que devotamente le reciben. Y para conocimiento de esto has de saber, que así como contra aquel primer hombre (que fué el origen y principio de todos nuestros males) proveyó Dios de otro segundo hombre (que fué Cristo Jesús, principio de todos nuestros bienes) así también contra la fruta ponzoñosa de aquel árbol (que fué la raíz de todo nuestro daño) proveyó el manjar de este Santísimo Sacramento, que es la fuente de todo nuestro remedio. Por donde así como todos los males que nos vinieron por la desobediencia de aquel primer hombre, se remediaron por la obediencia (1) del segundo, así todos los que nos vinieron por aquel manjar ponzoñoso se remedian por este Santísimo Sacramento. Porque él es como una espiritual triaca, ordenada por consejo de aquel sapientísimo Médico del mundo para remedio de la naturaleza humana, inficionada con el veneno y silbo de aquella antigua serpiente. Pues según esto, quien quisiere saber cuántos sean los bienes que se nos comunican por este manjar, póngase á contar cuántos sean los males que por el otro nos vinieron; porque todos los bienes contrarios á aquellos males nos vienen por él. Por donde así como de aquel manjar se dijo: (2) En cualquier día que comieres de él, morirás; así por el contrario se dice de éste: (3) El que comiere de este Pan, vivirá para siempre. ¿Ves pues cuán derechamente se contrapone este manjar á aquel manjar, como medicina ordenada contra aquella dolencia?

(1) Rom. 5.—(2) Gen. 2.—(3) Joan. 6.

II

Después que hubiere recibido esta sagrada Hostia, déntela un poquito en la boca hasta que se humedezca, porque así la puedas más fácilmente pasar; porque si esto no se hace, muchas veces acaece pegarse al paladar, y poner tanto cuidado en despegarla, que por atender á esto deja el hombre de pensar en lo que aquel tiempo requiere.

Y procure no escupir luego después de haber comulgado, si no hubiere especial necesidad; y esto sea en lugar honesto y limpio, donde no se pueda hollar.

Ni debe comer luego acabada la Comunión; porque no deja de ser irreverencia, estando aún las especies Sacramentales enteras en el pecho, cargarlas luego de otros manjares; mayormente que aquel tiempo que se sigue después de la Comunión, es el mejor que hay para negociar con Dios, y para abrazarle dentro en su corazón. Y así debe el hombre estar este tiempo en la Iglesia, ó donde comulgó, dando gracias al Señor por este beneficio, y ocupando su corazón en santos pensamientos y oraciones, que para esto se ponen adelante en el fin de este tercero Tratado.

Y en ninguna manera haga lo que hacen muchos; que es, acabando de comulgar, ir luego á hablar y reír con otros. Esto tengo por un grande desacato, y digno de muy grave reprehensión; porque ¿qué más mala crianza puede ser, que acabando de recibir un tal huésped en vuestra casa, le volváis luego las espaldas, y le dejéis con la palabra en la boca, y os vayáis á hablar con otros?

Y además de esto dice el Cardenal Cayetano (1) que este Sacramento comunica su virtud al ánima que lo recibe, no sólo cuando actualmente lo recibe, sino por todo aquel tiempo que las especies Sacramentales están enteras en el pecho del hombre; para que aquí se pueda tam-

(1) Sup. 3. p. q. 79, art. 1.

bién decir aquello que el Señor dijo: Mientras estoy en el mundo lumbre soy del mundo. (1) Y si esto es así (como este Doctor presupone aunque haya quien le contradiga) hay mucha razón para que por todo este espacio esté el hombre muy recogido y devoto; para que así se le comuniquen con mayor abundancia esta gracia celestial; pues (como arriba dijimos) este Sacramento obra conforme á la disposición que en las ánimas halla. Y porque las principales puertas por donde muchas veces se nos entran las influencias del Espíritu Santo, son el entendimiento y la voluntad, dando al entendimiento mayor luz, y á la voluntad mayor sentimiento de las cosas de Dios; no es razón que estas dos tan principales puertas estén cerradas en este tiempo; lo cual hace quien de propósito se divierte entonces á otras cosas. Y pues este es uno de los principales frutos de la Sagrada Comunión, y uno de los mejores bocados de esta mesa; muy fuera de razón es, que estando ya hecha la costa, y recibido este divino manjar, se despida el hombre al tiempo que había de estar abriendo los senos de su ánima, y recibiendo el fruto de su aparejo, y del Sacramento.

Y si me preguntas ¿en qué podrás mejor ocupar este tiempo? digo que en alabanzas y ejercicios de amor de Dios. Porque (como dice S. Bernardo) (2) aquí son los abrazos, aquí los besos de paz, más dulces que todos los panales de miel; y aquí finalmente es la dulce unión del ánima con el Esposo celestial. Por tanto, aquí principalmente ha lugar el ejercicio de aquellas santas aspiraciones; que no son otra cosa que actos de caridad, y deseos entrañables de aquel sumo bien; cuales eran los del Profeta, cuando decía: *Diligam te, Domine, fortitudo mea etc.* (3) y cuando decía: *Sicut cervus desiderat ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus.*

Aquí también conviene dar gracias al Señor por todos sus beneficios, y señaladamente por éste, en el cual se nos

(1) Joan. 9. —(2) Sup. Cant. 2.—(3) Psalm. 17. Psalm. 41.